

Argentina

Rubén PESCI

Arquitecto, La Plata.

AGUA Y TERRITORIO EN ARGENTINA

La gigantesca presencia de enormes recursos hídricos superficiales impactó a Juan Díaz de Solís el capitán de la expedición española que por primera vez vino a posarse en nuestras tierras como adelantado de la conquista española en 1532. Cuando descubrió el Río de la Plata, esa inmensa desembocadura fluvial de los ríos Paraná y Uruguay que al juntarse crean el río más ancho del mundo, Solís creyó encontrarse con un mar dulce que sin duda llevaría a las tierras andinas en cuyas entrañas estaban las enormes minas de plata que Pizarro había entrevisto desde su ventura hasta el Perú. Lo llamó entonces «mar de la plata» denominación que con alguna variante quedaría hasta estos tiempos.

Esa inmensa cuenca es la más grande pero no la única de las características vías fluviales, que en Argentina desembocan en el Océano Atlántico, en una red densa y generosa que nutre casi todas las regiones del país, formando valles fértiles, llanuras ubérrimas, y también inmensas zonas inundables. Una riqueza incalculable de biodiversidad es sostenida por el recurso «agua», cuyo adecuado manejo puede constituir una de las bases sólidas para un desarrollo sustentable de estas tierras.

El Presidente Sarmiento, escritor, pensador y estadista, fue un precursor en el uso industrial de esas vías navegables, promoviendo desde mediados del siglo XIX la navegación fluvial, y proponiendo a la isla de Martín García, justo en la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay, y al comienzo del Río de la Plata, como nueva capital de las Provincias Unidas del mismo nombre, y proponiéndole la denominación de «Argirópolis».

Desde Sarmiento, y culminando con el despegue agroexportador argentino de la llamada «generación de 1880», y el comienzo

de la avanzada hacia la industrialización, la epopeya fluvial sería apoyada con la creación de importantes puertos de ultramar, en especial sobre el río Paraná (remontando 600 km desde su desembocadura) y el río Uruguay, hasta el Salto Grande, a más de 300 km de la misma. Viejas ciudades coloniales como Santa Fe, Rosario, San Nicolás, Concordia, Concepción del Uruguay y Buenos Aires, y otras de formación más reciente de época republicana, como Panamá y La Plata, fueron dotadas de amplias instalaciones portuarias e industriales, y se llenó de velas y chimeneas el horizonte fluvial.

Pero el agua comenzó también a ser higiene, para esta Argentina innovadora, que pretendía ser la Estados Unidos del sur. Y todas las ciudades importantes compitieron para instalar rápidamente sistemas en red de provisión de agua potable y evacuación de líquidos cloacales. Las epidemias de fiebre amarilla y el cólera, tanto como el espíritu precursor de la época, habían impuesto la modernización sanitaria.

Pero tardaría entonces en llegar también la época del riego, como manifestación productiva de la utilización del agua, en especial en las zonas periféricas a la pampa húmeda, donde los cultivos de secano podían ser bendecidos solamente por el régimen pluvial. En ocasiones continuando precarios sistemas de riego de la época colonial (en los valles andinos del noroeste del país, de más fuerte tradición incaica e hispana) y en otras generando inmensos sistemas modernos de riego (como los casos magistrales y gigantescos de los viñedos en Mendoza y en San Juan, y los frutales del valle del Río Negro) la creación de oasis por la mano del hombre utilizó miles de hectómetros de agua por minuto, produciendo crecimiento económico y desarrollo de fertilidad en zonas anteriormente desiertas.

Hacia mediados del siglo XX, la creciente demanda de energía eléctrica, y la confianza en un crecimiento limitado del país, aumentó la tendencia a concebir grandes obras de aprovechamiento hidroeléctrico, al norte, al oeste y al sur del país, que comenzaron a concretarse en pequeña escala en la década del 30 para explotar en gigantescas represas a partir de la década del 60.

Con ellas llegarían los primeros impactos, del que no estaban exentos tampoco las empresas antes mencionados. Salinización por mal manejo del riego, contaminación por desechos industriales y domiciliarios, depresión de napas subterráneas por exceso de uso o mal manejo de los acuíferos, erosión de suelos, son algunos de los factores de alteración ambiental más llamativos, que además ya no pueden esconder ante la protesta ecologista y el aumento de conciencia ciudadana en general el impacto sobre fauna, flora y gea de ese crecimiento insustentable. A veces es sólo impacto de la magnitud no controlada, otras de subuso u obsolescencia, otras de simple falta de políticas eficaces de manejo.

LA CRISIS ACTUAL

La evidencia de la magnitud de los efectos negativos ha creado un cuadro de crisis actual en la relación agua-territorio.

En las ciudades ésta se manifiesta en contaminación de cursos, deterioro o agotamiento de acuíferos, zonas inundables (por avance incontrolado de la urbanización sobre los valles de inundación de los ríos), y en fin un panorama de impacto del territorio sobre el agua y del agua sobre el territorio.

En la navegación fluvial, la crisis es por subuso de ese potencial y de sus puertos instalados, producto de una ceguera que ha durado varias décadas en la eficientización del sistema de navegación, con falta de dragados, de señalización, de modernización de instalaciones y equipamientos portuarios, pero sobre todo por la presión de sistemas de transporte sobre ruedas (en especial camiones) que en lugar de ampliar su negocio a otros medios complementarios y aún sustitutivos, prefirieron encerrarse con una mirada estrecha y especulativa.

En la producción de la energía hidroeléctrica, el problema central es la falta de utilización multipropósito de las grandes obras. En realidad, la confianza en la cualidad de esa forma de energía frente a otras más impactantes sobre el medio (y más caras) nunca se perdió, pero si la concepción integral y con ella la prevención de impactos como erosión, salinización, etc.

HACIA UN MANEJO ALTERNATIVO

Produce alegría cuando un cronista (o un crítico de una determinada realidad) desde un mirador de análisis y diagnóstico técnico pero con compromiso político, debe reflexionar sobre un aspecto de esa realidad en el cual comienzan a producirse reacciones frente a la crisis.

En este sentido, el agua y la ordenación del territorio en relación a ella son aspectos que en la estructura del sector público tanto en el Estado nacional como en los gobiernos provinciales y aún municipales, tiene en la Argentina de estos últimos años una clara manifestación fáctica.

A diferencia de lo que ocurre con la cuestión urbanística y de uso urbano del suelo, la ordenación de los recursos hídricos y el saneamiento tuvo una importante tradición en Argentina, con instituciones señeras como las direcciones de Hidráulica y las administraciones de Obras Sanitarias. Enormes recursos fueron habitualmente aplicados para sostener estas políticas, creando redes infraestructurales muy destacadas para la realidad latinoamericana. El atraso relativo de las últimas décadas, en que se invirtió poco y la población creció mucho en las ciudades, puede ser rápidamente recuperado, y en ese sentido la dinámica impuesta por algunas privatizaciones puede contribuir positivamente. A condición por cierto de que el Estado mantenga su tradición de fiscalización para el beneficio público colectivo.

Pero donde los avances son más elocuentes es en el manejo agua/territorio a nivel de navegación fluvial y manejo de cuencas hidrográficas. Desde la Subsecretaría de Recursos Hídricos de la Nación, con la complicidad de las áreas provinciales

respectivas, y la contribución específica de organismos internacionales (como es el caso de UNESCO a través de la Comisión Nacional de Programa Hidrológico Internacional, CONAPH), se están impulsando acciones de alto interés como:

- Manejo integrado de cuencas.
- Renovación integrada de cuencas.
- Saneamiento de cuencas contaminadas.
- Defensa de ciudades costeras contra inundaciones.
- Prevención de riesgos (sistemas de alerta, monitoreo, etc.)

El panorama es alentador, incluso con acciones tan destacadas como la Hidrovía Fluvial de los ríos Paraguay, Paraná, Uruguay, emprendiendo entre Argentina, Paraguay, Brasil, Uruguay y Bolivia, de casi 4.000 km de longitud (el sueño de la Cuenca del Plata casi realizado); el manejo de cuencas binacionales entre Argentina y Chile, o el Programa Árbol (argentina-Bolivia) para saneamiento urbano y prevención en las fronteras entre estos dos países.

Quizás el desafío que resta realizar es la decidida integración entre estas dos grandes cuestiones que son el agua y el territorio. Inmensas cuestiones quedan por afrontar en tal sentido: las ciudades se inundan también por mala escurrentia del agua de lluvia, sus barrios marginales se siguen asentando en zonas inundables por falta de correlación entre el urbanismo y el manejo del agua, inmensas obras hidroeléctricas desperdician su potencial de desarrollo no utilizado para el riego y otras formas de manejo sostenible del agua. La vida biológica que el agua contiene, y la pesca en especial, pasan de extremos de agotamiento del recurso a través de la depredación, a total falta de explotación del mismo. Se están desertificando inmensas zonas de pampa húmeda, en las cuales se canaliza el exceso de agua de algunas épocas del año o periodos lluviosos, y se deja sin agua para épocas de escasez.

De todos modos el problema de Argentina debería ser de rápida y decidida resolución. Territorio no falta y agua tampoco.

Brasil

Roberto SEGRE

PROURB. Universidad Nacional de Rio de Janeiro.

BRASILIA FIN DE SIGLO: MODERNA O POSTMODERNA

América Latina, la «Tierra Prometida» hizo realidad los sueños europeos de materializar el ansiado modelo de la ciudad contemporánea. Nunca imaginaron los miembros del CIAM en aquel lejano 33, esperanzados viajeros del buque *Patris*, que los postulados resumidos por Le Corbusier en la «Carta de Atenas», se concentrarían, no en Moscú, París o Argel, sino en los años sesenta

en la capital del Brasil. Nada quedó fuera de la estructura urbana: la rígida planta de la *Ville Radieuse* se suavizó en el área de curvatura diseñada por Lucio Costa; los abstractos rascacielos cartesianos de la *Cité des Affaires* fueron sustituidos por la plasticidad volumétrica del Congreso en la Plaza de los Tres Poderes, concebido por Oscar Niemeyer; por último el obsesivo anonimato del tejido